

ACERCA DE LOS HECHOS Y LA REALIDAD (*)
(DOS MOMENTOS DE UNA ACTITUD CIENTIFICA)
Aproximación preliminar

Nelson R. Vergara M.

O. Entre las ideas que mayor aceptación han ganado actualmente están las que afirman que los grandes cambios en la interpretación de las cosas, no se deben tanto a la aparición de nuevos dominios como, por lo menos en un sentido decisivo, a cambios profundos de la actitud con que se los enfrenta, y que probablemente aquéllos, de alguna manera que conviene precisar, dependen de ésta.¹

Una observación cuidadosa del estado actual del pensamiento científico confirma la idea. Si se compara el sistema de preferencias que pugna por dominar hoy día, con el sistema vigente a fines del siglo pasado, se comprueba que ellos contrastan sobre todo en el nivel de los principios. Rastreando sus rasgos esenciales, se ha observado que la transformación aludida se sustenta principalmente, en la creciente convicción de que el conocimiento, la ciencia, "no consiste en poner al hombre frente a la pululación innumerable de los hechos brutos, de los datos nudos"², pues éstos, contrariamente a la creencia del positivismo del siglo XIX, no manifiestan de por sí la realidad, no la constituyen por su mera presencia y acción sobre nuestros sentidos y facultades, y menos aún sí, fiel a las exigencias positivistas, se los considera como 'cosas', como entidades independientes, aisladas; como 'substancias'

Consecuencia de lo anterior es la actual seguridad de que los hechos pueden sugerir, probar, pero no imponer un modelo científico; que no hay un camino lógico que conduzca de los hechos a los conceptos; que a los conceptos fundamentales de la ciencia no se llega por vía puramente inductiva, etc.,⁴ y que, por lo mismo, para fundar una disciplina rigurosamente científica, ésta deberá evitar obtener sus principios y leyes de la pura evidencia sensible, de la percepción inmediata y directa; en otras palabras, inferirlos de la experiencia.

Ejemplos de esta actitud se encuentran ya en el pensamiento de Nietzsche, Marx, Dilthey, y más próximo al siglo

XX, en Freud, Husserl, Saussure, entre otros. Debido a la mayor o menor definición que adopta en cada caso, no podría, claro está, postularse una unidad estricta entre las ciencias o esperarse un resultado idéntico. Pero la tendencia es clara, sobre todo a medida que el pensamiento contemporáneo la va asumiendo. Por lo menos se observa así en la línea de inspiración europea. En ella, esta tendencia revelará consecuencias epistemológicas equivalentes. Adelantamos, la primacía del pensar sobre los hechos. En qué medida esto no es el antiguo idealismo se verá en lo que sigue.

En el esbozo de esta actitud se destacarán dos aspectos: uno, crítico: la relación con las vigencias tradicionales, con lo usos imperantes; otro, posicional: la necesidad de establecer las precondiciones básicas para la investigación efectiva. Ambos aspectos son evidentemente complementarios y de ellos se derivará una noción de ciencia que, en lo general, tiene antecedentes, pero que no se ha realizado sino en nuestro tiempo. Lo que continúa muestra un momento del origen de esta actitud. Se trata de un pensar que, oscilando entre la radicalidad inicial y la cautela posterior, ha pasado a constituirse, a juicio de muchos, en la actual ciencia ejemplar. Nos referimos a F. de Saussure. No es éste un trabajo comparativo, de modo que las notas que siguen deben entenderse sólo en relación con los contextos señalados.

1. Inmerso en lo que E. Coseriu⁵ ha llamado la "ideología positivista", el lingüista suizo manifiesta desde un comienzo su discrepancia con los métodos utilizados en su ciencia, consecuencia, a su juicio, de un objeto definido inadecuadamente y de una concepción de la actividad científica que más que nada privilegia la reunión y clasificación de datos, el estudio aislado de los detalles, la concepción del detalle como realidad por sí ('naturaleza', 'substancia', 'cosa') y cuya consistencia es interpretada a la manera en que la ciencia natural lo hace con los fenómenos naturales. Desde esta perspectiva, el único objeto posible de trato científico es el hecho observable y observado, lo verificable en la experiencia y por ella. De manera que las leyes que se obtienen deben ser inferidas por abstracción y generalización y nunca fuera de los marcos exigidos.⁶

La discrepancia de Saussure se fundará entonces en cuestiones de principios. Por eso, aun reconociendo los méritos de las escuelas entonces contemporáneas, no podrá

dejar de manifestar su disconformidad esencial. "Nunca se preocupó -dirá de la escuela comparatista- por determinar la naturaleza del objeto de estudio. Y sin tal operación elemental, una ciencia es incapaz de procurarse un método". Refiriéndose a los neogramáticos - a quienes reconoce el gran avance que significa haber llevado la comparación a un nivel más adecuado (histórico) y, entre otras cosas, no ver ya en la lengua "un cuarto reino de la naturaleza", o "un organismo que se desarrolla por sí mismo" (op. cit., pp. 43 y 45) - les criticará, sin embargo, "no haber hecho luz sobre el conjunto de la cuestión", por lo que a su juicio, "todavía los problemas fundamentales de la lingüística general aguardan solución" (Idem, p. 45).

Esta predisposición, medida en el Curso, tiene antecedentes que no lo son tanto, y han sido destacados por otros lingüistas. Al referirse a las distinciones fundamentales realizadas por Saussure, afirma B. Malmberg⁸ que "ellas significaban una ruptura completa con la tradición de los neogramáticos", y por ende con la tradición anterior. Ejemplos de tal radicalidad la ofrece también E. Benveniste.⁹

E. Coseriu, por su parte, la presenta como tal, pero no sin previa y pormenorizada discusión y delimitación.¹⁰ R. Godel¹¹ la refiere como perteneciente más bien a los comienzos. Y todo esto, a pesar de que por lo general se recurre a las mismas fuentes. Así, E. Benveniste afirma que, en rigor, encontramos en el lingüista de 1910 el mismo propósito del lingüista que en 1894 escribía a A. Meillet estar "muy harto de todo esto y de la dificultad que hay en general, para escribir diez líneas con sentido en materias de hechos del lenguaje" (op. cit., p. 38). Allí agregaba: "Sin cesar, la ineptitud absoluta de la terminología ordinaria, la necesidad de reformarla, y de mostrar para ello qué clase de objeto es la lengua en general, me estropea el placer histórico"... (Idem). Y más adelante, en la misma carta:

A mi pesar, esto acabará en un libro donde, sin entusiasmo ni pasión explicaré por qué no hay un solo término empleado en lingüística al que conceda yo un sentido cualquiera (Idem).

La sensación de haber llegado a un punto en que se quiere superar los supuestos "oficiales", tendría también sus antecedentes: estaría explicitada ya en el prefacio de

su *Mémoire* de 1878.¹²

Sujeto a discusión el carácter más o menos radical de su actitud, y sobre todo la permanencia de esa radicalidad en el tiempo, y el alcance real de su "ruptura" con la tradición, queda en pie, sin embargo, el hecho de que la intención saussureana era, en efecto, la de fundar la ciencia lingüística sobre nuevas bases. Y esto implicaba una nueva concepción del objeto, de los procedimientos y de la noción de ciencia que había de sustentarlos. A partir de aquí, destacamos algunos de los caracteres que han permitido incluir a Saussure en el pensamiento considerado como "contemporáneo".

En primer lugar, la certeza de que lo dado en la experiencia no es en sí y por sí la realidad que ha de interesar a la lingüística porque, a su juicio, tras la apariencia de una entidad y actividad unitaria -el lenguaje- se oculta una asociación de factores de variada índole, de los cuales conviene deslindar lo propiamente lingüístico, puesto que, si no se procede de esta manera, "el objeto de la lingüística se nos aparece como un montón confuso de cosas heterogéneas y sin trabazón" (Curso, p.51). Y justifica:

Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece al dominio individual y al dominio social, no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos porque no se sabe cómo desembrollar su unidad (Idem).

Se imponen entonces las distinciones, lo que con carácter necesario y programático había establecido en la *Mémoire*: la búsqueda de los datos elementales "que gobiernan la diversidad de lo dado empíricamente", sin los cuales "todo queda en el aire, todo es arbitrariedad e incertidumbre" (en E.B., op. cit., p 34).

Ahora bien, es en esta determinación del objeto donde mejor se observan los factores que dan clara noticia de su posición ideológica, tanto en materia de lenguaje como de conocimiento. Tales son: su crítica a la idea de substancia, su certeza del papel activo del pensamiento, y su conciencia

de sistema. Nos referimos a ellos también globalmente.

Refiere el lingüista que habiendo cosas, hechos dados en la experiencia -datos que somos libres de considerar después desde algún punto de vista-, en lingüística, sin embargo, nunca estamos en presencia de 'cosas', de algo que posea un ser en sí, que sea una substancia. "Ni siquiera cuando se trata del hecho más material, más evidentemente definido en sí en apariencia, como pasaría con una serie de sonidos vocales" (en E. B., op. cit., p. 40). Y establece lo que desde entonces se conoce como su profesión de fe:

en otros dominios puede hablarse de las cosas desde tal o cual punto de vista con la certeza que se tiene de hallar terreno firme en el objeto mismo. En lingüística negamos en principio que haya objetos dados, que haya cosas que continúen existiendo cuando se pasa de un orden de ideas a otro, y que se pueda uno por consiguiente permitir considerar 'cosas' en varios órdenes, como si fuesen dadas por sí mismas (Idem).

Si el lenguaje no ofrece en ninguna de sus manifestaciones una substancia, ¿en qué consiste entonces la naturaleza de este objeto? Según E. Benveniste, el principio que lo define es que "el lenguaje es siempre un objeto doble, formado por dos partes, cada una de las cuales no vale sino por la otra"... "ni remite a una realidad substancial; cada uno [de los elementos] extrae su valor de oponerse al otro" (op. cit., p. 41. Los subrayados son nuestros). Saussure dice:

La ley enteramente final del lenguaje es, por lo que nos atrevemos a decir, que nunca hay nada que pueda residir en un término, por consecuencia directa de que los símbolos lingüísticos carezcan de relación con lo que deben designar, así que a es impotente para designar nada sin el socorro de b, a éste le pasa lo mismo sin el auxilio de a, o que ninguno de los dos vale más que por su recíproca diferencia, o que ninguno vale, ni aun por una parte cualquiera de sí... de otro modo que por este mismo plexo de diferencias eternamente negativas (Idem. El

subrayado es nuestro en la palabra 'plexo').

Vemos así que a la noción de 'substancia' la ha sucedido la noción de 'relación recíproca', de interacción de interdependencia, y que éstas a su vez forman un 'plexo', es decir, un sistema. Este sistema será la lengua, abstraída del lenguaje como su factor esencial y transformada en el verdadero objeto de la lingüística.¹³

Ahora bien, si el objeto no es dado nunca en sí, y no se ofrece de manera inmediata, ¿cómo es que entonces se constituye? La respuesta es concluyente. Dice Saussure: "Hay aquí ante todo puntos de vista, justos o falsos, pero sólo puntos de vista, con ayuda de los cuales son creadas secundariamente las cosas" (Idem, p. 40).

Esta idea, que muestra al pensar desempeñando un papel decisivo, que establece que las cosas devienen objeto mediante su acción en la experiencia, aparece un tanto atenuada en el Curso: la noción de 'creación' está aquí precedida por un 'se diría' (p. 49); pero creemos que lo esencial de la idea permanece; que el pensamiento adquiere un carácter constructivo y no meramente reflejo; más aún: que su acción constituye una de las condiciones de posibilidad para todo lo que pueda postularse como real. Así afirmará que "estas creaciones corresponden a realidades cuando el punto de partida es apropiado; o que no corresponden en caso contrario" (en E. B., op. cit., p. 40).

De esta manera, la búsqueda de los datos elementales es también la búsqueda del punto de vista correcto: "La perspectiva es el comienzo de delimitación del objeto de estudio".¹⁴ Lo anterior justificaría el empeño puesto en la definición de los términos. J. Sazbón afirma que, frente a las metodologías habituales entonces -substancialismo, vitalismo, idealismo- Saussure impondrá la primacía del punto de vista como criterio metodológico consciente del trabajo del lingüista. Dicha seguridad está sustentada en las propias palabras de Saussure, que E. Benveniste reproduce así:

A medida que se ahonda en la materia propuesta al estudio lingüístico, se convence uno cada vez más de esta verdad que da -sería inútil disimularlo- singularmente que pensar: que el nexo que se esblece entre las cosas preexiste, en este

dominio, a las cosas mismas, y sirve para determinarlas (op. cit., p. 42).

Comentando lo dicho hasta ahora, Benveniste afirma que creemos alcanzar en forma directa un hecho de lengua, como si fuese una realidad independiente, objetiva. Pero, que la verdad es que no la captamos sino desde determinado punto de vista. Y agrega:

Dejemos de creer que en la lengua es aprehendido un objeto simple, existente por sí mismo y susceptible de aprehensión total... Saussure insiste: sólo el punto de vista crea esta substancia (op. cit., pp. 39 y 42. Los subrayados son nuestros).

Afirmadas estas convicciones, queda entonces propuesto el camino a la ciencia. A ella se le impone la tarea de rectificar conceptos, formar otras nociones y, sobre todo, buscar su coordinación en sistema. La razón es clara: ya que la lengua es un sistema riguroso... "la teoría debe ser también un sistema tan riguroso como la lengua" (J. S., op. cit., p. 11).

Pero esta tarea, es ya de por sí problemática, porque para presentar adecuadamente las nociones obtenidas hay que adoptar un punto de partida bien definido, y como no se acepta como hecho nada definido por sí mismo, entonces el mismo punto de partida debe ser justificado. Se impone así, a juicio de Saussure, "una operación de abstracción y generalización" (J. S., op. cit., p. 12). En suma, dice Sazbón:

No existiendo nada substancial en la lengua, es la tarea del lingüista la que medianente un apretado trabajo teórico -enunciación de definiciones, producción de conceptos, articulación de éstos, demarcación de niveles- conformará definitivamente el objeto propio de la lingüística (p. 13).

De este modo, objeto, teoría y realidad quedan articulados y mutuamente dependientes. Los hechos asumen una funcción definida, pero no absoluta. La teoría no se reduce a un mero esquema reflejo de datos aislados, registro o

inventario. La realidad se descubre en el contexto del sistema que a su vez forman las ideas y los hechos. Generalización y abstracción expresan el método. En otras palabras: nada es independiente. Con estas ideas nos parece que Saussure ingresa al pensamiento de nuestro tiempo. Por lo menos en lo más esencial.

Hay, sin embargo, un problema que este esbozo no quisiera dejar de considerar. Saussure reitera que el procedimiento científico pasa necesariamente por la abstracción y la generalización. Y en un itinerario trazado por él mismo, expresa el propósito: alcanzar el objeto en su condición universal. El texto dice así:

La lingüística no tiene que estudiar más que el producto social, la lengua. Pero este producto social se manifiesta por una gran diversidad (el objeto concreto es, pues, ese producto social depositado en el cerebro de cada uno). Lo dado son las lenguas. Primero hay que estudiar las lenguas, una diversidad de lenguas. De la observación de éstas, se extraerá lo universal. Tendremos entonces ante nosotros un conjunto de abstracciones que será la lengua... (cit. por J. S., p. 24).

A nuestro juicio, en este punto puede observarse aún una dependencia de Saussure respecto de las perspectivas tradicionales, por cuanto ambos procedimientos no conducen a lo universal; antes bien, es este universal, de algún modo 'obtenido' a priori, el que guía la abstracción y la generalización. Pero esto, claro está, sólo va a revelarse en el ulterior desarrollo de la actitud. E. Coseriu se refiere a ello, lo explicita en las distinciones 'hecho', 'objeto', 'ciencia general' y 'teoría', y establece sus interrelaciones. Para este lingüista, el estudio empírico conduce naturalmente a lo "general", pero nunca a lo "universal"; de modo que a la teoría, cuyo objeto es lo universal, no se accede por abstracción y generalización. Y esto porque, a su entender, en la teoría se trata de "trasladar al plano de la reflexividad, es decir, del saber fundamentado y motivado racionalmente, aquello que los seres humanos saben ya en forma intuitiva" (op. cit., pp. 58-59). Pues bien, esto es lo que creemos observar en Saussure, pese a Saussure, cuando

"desembrolla" en el lenguaje el objeto lengua y en gran parte de sus hallazgos fundamentales. Si estas intuiciones fueron probadas en la experiencia, es que fueron intuiciones acertadas. El estudio empírico confirmó la teoría, pero ésta, como diría E. Coseriu, condujo a aquél, porque toda teoría "bien entendida es siempre teoría de lo real: aprehensión de lo universal en los hechos mismos", y para los cual bastaría, en principio, con un solo objeto (op. cit., p.61). En lo que sigue se precisará un tanto el alcance de estas ideas.

2. La actitud saussureana y las cuestiones epistemológicas que se han reseñado son, como hemos dicho, puntos de origen de una tendencia en la concepción actual del conocimiento. La historia del pensamiento científico, podrá mostrar las variaciones de la ecuación "imaginación-hecho" en el interior de cada disciplina y en la posición de éstas con respecto a la evolución general del sistema de preferencias. Pero insistimos: la tendencia a privilegiar el elemento racional de esa ecuación, es dominante.

Tomemos un caso cercano. En 1933 presenta Ortega uno de los modelos que sintetizan sus investigaciones en este campo y revelan explícitamente las convicciones señaladas.¹⁵ Se trataba entonces de la historia en su pretensión de sistema científico riguroso. A juicio del pensador español, el logro de este objetivo dependía, en lo fundamental, de la necesidad de comprender ciertos principios claves y de la consiguiente voluntad de asumirlos. El asunto era de primera importancia: estaba en juego la discusión de los supuestos que había que superar -no porque en absoluto fuesen falsos, sino por su extrema ambigüedad- y que se expresaban en el uso habitual de la frase de Leopoldo de Ranke, según la cual, la "historia se propone averiguar cómo efectivamente han pasado las cosas".

En su apariencia, la frase es perfectamente clara. Además es programática: sugiere un principio de objetividad: atenerse a las cosas como han ocurrido. Pero la frase es en realidad elíptica, dice Ortega: supone que en la historia se trata, no de todo lo que ha acontecido, sino en rigor, "de lo que ha pasado, ocurrido, acontecido al hombre" (op. cit., p. 9). Y esto es precisamente lo que resulta engañoso porque, considerando el sistema ideológico en cuyo contexto la frase fue pronunciada y es generalmente repetida, implica que al hombre le pasan muchas cosas, infinitas cosas, pero

en un sentido fortuito y extrínseco, de modo que éste no tendría otro papel que el de un receptor pasivo. Desde este supuesto, la historia sólo tendría la misión de registrar los hechos que al hombre le pasan, transformándose así en un puro y esquemático empirismo. "El pasado humano sería una radical discontinuidad de hechos sueltos sin estructura, ley ni forma" (Idem). Pero ni el más exacto registro de las cosas que al hombre le han ocurrido, como hechos efectivos, afirma Ortega, es sin más ni más, signo de realidad. Y esto porque, a su juicio, los hechos, los datos, aun siendo efectivos, no tienen por sí realidad. "Si para conocer, el pensamiento no tuviese otra cosa que hacer que reflejar una realidad que ya está ahí, en los hechos, la ciencia sería cómo da faena y hace muchos milenios que el hombre habría descubierto todas las verdades urgentes" (p. 4). Por el contrario, lo que los hechos patentizan es antes que todo un problema y, fundamentalmente, el problema de su realidad, algo que hay que descubrir, desocultar, averiguar. Y si la tarea de averiguar la realidad de las cosas que al hombre le pasan es el objetivo de la historia, entonces ésta requiere de otros y distintos supuestos; y en primer lugar, comprender:

que todo lo que al hombre le acontece y pasa, le pasa y acontece dentro de su vida y se convierte ipso facto en un hecho de vida humana; es decir, que el verdadero ser, la realidad de ese hecho no es lo que éste como suceso bruto, aislado y por sí parezca tener, sino lo que signifique en la vida de ese hombre. Un mismo hecho material tiene las realidades más diversas inserto en vidas humanas diferentes (p. 9).

Esto quiere decir que todo lo que le acontece al hombre es siempre función de su vida; que pertenece a un organismo de hechos donde cada cual tiene su papel dinámico y activo; por tanto, que su valor y significado, su realidad, sólo se manifiesta refiriéndolo a esa unidad indivisa que es cada vida. De modo que,

si siguiendo a Ranke, queremos que la historia consista en averiguar como propiamente, efectivamente, han pasado las cosas, no tenemos más remedio que recurrir de cada hecho bruto al sistema unitario de

la vida a quien el hecho pasó, que vivió el hecho (p. 10).

Pero esto, en segundo lugar, significa comprender también que la ciencia es, en efecto, interpretación y no registro de los hechos. En su primaria labor, dice Ortega, en la más elemental, la historia es ya hermenéutica, "que quiere decir interpretación, interpretación que quiere decir, inclusión de todo hecho suelto en la estructura orgánica de una vida, de un sistema vital" (p. 10).

Desde esta perspectiva, la ciencia histórica se convierte entonces de simple averiguación de lo que ha pasado, en investigación de cómo han sido las vidas humanas en cuanto tales. "Conste, pues, no lo que le ha pasado a los hombres -ya que, según hemos visto, lo que a alguien le pasa sólo se puede conocer cuando se sabe cuál fue su vida en totalidad" (p. 10).

El problema es en sí complejo. Para abordarlo, propuso Ortega un sistema de procedimientos, a cuyo fundamento denominó, y sólo por su carácter constructivo, "Galileísmo de la historia".¹⁶

Respecto de la actitud que propone, la expresión tiene un sentido definitorio: recoge la situación de la historia ante las vidas humanas como equivalente a la situación de la física galileana ante los cuerpos que se mueven. Sugiere, por tanto, asumirla en igual sentido.

Según el pensador español, la física de Galileo, contrariamente a las ideas dominantes entonces y a las que suelen agregarse otras actuales, se inicia sobre la base de una doble certeza; primera: que el movimiento tiene "una estructura esencial y siempre idéntica de que los movimientos singulares de los cuerpos son meras variaciones y modificaciones" (p. 11); y segunda: que esa estructura no es derivable de la experiencia, esto es, que a ella no se accede por generalización de múltiples observaciones realizadas en los hechos. De manera que en vez de perderse entre ellos, hay que comenzar por establecer el esquema de todo movimiento posible. En los movimientos concretos que después se observen, ese esquema deberá cumplirse siempre, y gracias a él sabemos "que y por qué se diferencian entre sí unos de otros los movimientos efectivos" (Idem). Y puesto que a ese esquema no se llega por inducción, Galileo no tiene más remedio que

construirlo entonces imaginativamente. "Sólo cuando ya tiene lista su imaginaria realidad observa los hechos, mejor dicho, observa qué relación guardan los hechos con la imaginaria realidad" (p. 7).

La realidad "movimiento" no es por tanto un postulado empírico, sino una construcción del intelecto. Pues bien, dice Ortega: "tampoco es posible la historia, la investigación de las vidas humanas si la fauna variadísima de éstas no oculta una estructura esencial idéntica..." "y que actúa idéntica en todos los lugares y en todo los tiempos" (pp. 11 y 12 resp.). La determinación rigurosa de este a priori es condición necesaria para toda investigación concreta.

Consecuente con esta actitud, que es en rigor voluntad de sistema, formula el filósofo algunos principios que resumen su concepción global de toda ciencia de hechos¹⁷, sean corporales o espirituales. Primero: "los hechos cubren la realidad y mientras estamos en medio de su pululación innumerable estamos en el caos y la confusión" (p. 5); segundo: "Para descubrir la realidad es preciso que retiremos por un momento los hechos de en torno nuestro y nos quedemos solos con nuestra mente" (Idem); tercero:

Entonces por nuestra propia cuenta y riesgo, imaginamos una realidad, **fabricamos** una realidad imaginaria, puro **invento** nuestro: luego siguiendo en la soledad de nuestro íntimo imaginar hallamos qué aspectos, qué figuras visibles, qué hechos produciría esa realidad imaginaria. Entonces es cuando **salimos** de nuestra soledad imaginativa, y **comparamos** esos hechos que la realidad imaginada por nosotros produciría con los hechos efectivos que nos rodean. Si casan unos con otros es que hemos descifrado el jeroglífico, que hemos **descubierto** la realidad que los hechos cubrían y arcanizaban (pp. 5-6. Los subrayados son nuestros).

A la luz de las consideraciones anteriores puede observarse que también para Ortega, la ciencia no consiste en un esquematismo puramente empírico, sino en una empresa en la que se articulan, ensamblándose, momentos imaginativos y momentos probatorios, y en cuya ecuación se comprueba que la

realidad no es dato, algo dado, sino "construcción que el hombre hace con el material dado" (p. 6). O dicho de otra manera: que la ciencia es tanto obra de imaginación como de observación, "que esta última no es posible sin aquélla; en suma, que la ciencia es construcción..." "y no mero espejo de los hechos" (pp. 8 y 13 resp.). Este supuesto es el que, a su juicio, habría permitido a la física transformarse en ciencia ejemplar y norma de conocimiento durante la época moderna.

Convencido desde el comienzo -como en el caso de Saussure- de que ésta es la actitud adecuada, el pensamiento de Ortega se constituirá en gran medida como la búsqueda de las interrelaciones en las que algo adquiere su sentido. Así el hecho práctico o el hecho técnico, el hecho artístico o científico, el hecho social, el hecho histórico, etc.¹⁸ Todos ellos reclaman sus correspondientes estructuras y más que nada la estructura fundamental, aquélla en la que todos los hechos humanos cobran significación, realidad y verdad: la vida humana en cuanto tal; lo que en un lenguaje antropológico se ha venido denominando 'el hombre': condición de posibilidad de todas las demás realidades y lo que primero conviene definir, delimitar, determinar. Sin ella, ningún conocimiento puede pretender validez última y efectiva. Ahora bien, la vida humana es sistema riguroso. Todo decir sobre ella debe ser entonces y por tal razón, también sistema.

Esta estructura sistemática la refiere Ortega de muchas formas porque está convencido de que la vida humana es multifacética. Así, la idea de "perspectiva" que aquí entra en juego, es parte de la misma estructura, uno de los modos de ser de la realidad. Adoptar un punto de vista es condición necesaria para su comprensión. La persistencia de esta idea la encontramos ya en sus primeros escritos y a lo largo de toda su obra. Ejemplificamos: "Verdad y perspectiva", "Sobre el punto de vista en las artes", "La doctrina del punto de vista", etc.¹⁹

Para los efectos del planteamiento global y preliminar que hemos establecido, remitimos a la conferencia "Pasado y porvenir para el hombre actual",²⁰ texto que ofrece una de las fundamentaciones de la necesidad de pensar estructuras y del valor epistemológico que de ello se deriva. Allí afirma que lo definitivo de una ecuación (ley, estructura, forma, sistema) está en el hecho de proporcionarnos una clave general sobre lo que acerca de cada realidad concreta hay que decir,

de modo que ella adquiere funcionalidad en cuanto dejamos de verla como una mera fórmula y la asumimos como la definición estricta de esa realidad. Así la categoría de 'Hombre' y, en general, todas las otras: "La noción "Hombre" contiene... todo un sistema de ecuaciones cuyo título podía ser éste: "Teoría de la vida humana" "(op. cit., p. 65).

Y explicita lo que ya se ha mencionado en párrafos anteriores.

Toda teoría es, claro está general, y, por tanto, el Hombre de que habla no es una realidad, sino la expresión puramente formal de las dimensiones y contenidos que integran toda vida humana real, y que nos permiten en cada caso precisar su estructura concreta (Idem).

3. Desde aquí nos parece que es posible un trabajo comparativo en sentido estricto. Como se observa, la tendencia cobra precisión por lo menos en lo formal. Y no solamente examinándola hacia su origen, sino también, desde el punto en que hemos concluído, hacia su porvenir. Porque es un hecho comprobado que en las últimas décadas asistimos a una radicalización de esa intención ideológica. No podemos reseñar este punto ahora, pero, para muestra un dato que habría que justificar. En el libro *Literatura y significación*,²¹ refiere T. Todorov que habiéndose propuesto analizar estructuralmente *Las amistades peligrosas*, ha concluído descubriendo que su objeto de estudio ya no era esa obra. "De hecho mi objeto lo constituían ciertas propiedades abstractas de la literatura; el libro particular no era más que una de las manifestaciones posibles de esas propiedades" (p. 10).

Y después agrega: "La estructura es siempre el resultado de una abstracción y de una elaboración..." "El objeto del análisis estructural son los posibles y no los reales; éstos son sólo un camino hacia el conocimiento de aquéllos". Citando a Ortega y Gasset escribe: "La ciencia no se ocupa de las cosas, sino de los sistemas de signos con los que se sustituye a las cosas" (op. cit., p. 10. Los subrayados son nuestros). Tesis con carácter de paradoja, pero que en su contexto real ya no puede sorprender.

NOTAS Y REFERENCIAS

(*) El presente trabajo tiene su fundamento en dos ideas bastante reiteradas en Ortega y Gasset. Una dice que las épocas muestran una cierta homogeneidad en todos los órdenes, debido a que últimamente comparten una misma sensibilidad vital. La otra afirma que los cambios significativos de esa sensibilidad, comienzan a anunciarse a nivel del pensamiento puro; en la ciencia particularmente. Interesados en el problema de la interpretación, seguimos una de las vías sugeridas por esas ideas y la acotamos, por razones metodológicas, a una cuestión que nos parece previa: el problema del cambio de actitud ante el conocimiento y algunas de sus consecuencias epistemológicas. Y esto mismo, restringido al esbozo de dos o tres momentos. No es, como se dice en el texto, un trabajo comparativo.

1. Cfr. José Ortega y Gasset: *La idea de principio en Leibniz*, Bs. As., Emecé Editores, 1958, esp. pár. 3 y 4; Francois Jacob, *La lógica de lo viviente*, Stgo., Edit. Universitaria, 1973, esp. Introducción; Alexander Koyré: "Perspectivas sobre la historia de las ciencias" y "De la influencia de las concepciones filosóficas en la evolución de las teorías científicas", edic. mimeografiadas para un curso de Filosofía de las Ciencias, a cargo de Félix Schwartzmann, Universidad de Chile, 1967.
2. Ortega: *En torno a Galileo*, Madrid, Rev. de Occ. Col. El Arquero, 1959, p. 4. Se cita por esta edición.
3. Cfr. Augusto Comte: *Discurso sobre el espíritu positivo*, Max Planck: *¿A dónde va la ciencia?*, Bs. As., Edit. Losada, 1961, esp. pp. 67-85; Eugenio Coseriu: *Lecciones de Lingüística general*, Madrid, Edit. Gre dos, 1981, esp. caps. I-III; Jorge Estrella: "Cosmovisión del positivismo", en *Revista de Filosofía*, Vol. XV, Nº 1, Stgo, Edit. Universitaria, 1977.
4. Alberto Einstein; "La física y la realidad"; Max Jammer, "La formación de los conceptos científicos", en edición mimeografiada, ídem nota 1.
5. *Op. cit*: Se cita por esta edición. Cfr. con la tesis de Amado Alonso en prólogo a la ed. española del *Curso de Lingüística General*.
6. Véase nota 3.
7. Ferdinand de Saussure: *Curso de lingüística general*, Bs. As., Edit. Losada, quinta edición, 1965.
8. Bertil Malmberg: *Los nuevos caminos de la lingüística*, México, Siglo XXI Editores, 1969.

9. Emile Benveniste: **Problema de lingüística general I**, Bs. As., Siglo XXI Editores, 1982, Se cita por esta edición. En adelante E.B.
10. **Op cit.**
11. R. Godel: "La teoría del lenguaje de Ferdinand de Saussure", en varios autores: Ferdinand de Saussure, Bs. As., Siglo XXI Editores, 1971, pp. 37-57.
12. Mémoire sur le système primitif de voyelles dans les langues indo-européennes, Teubner, Leipzig, 1879 (cit. por varios autores).
13. F. de Saussure, Curso. Cap. III.
14. José Szabón: **Saussure y los fundamentos de la lingüística**, Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1976, pp. 9-55. En adelante J.S.
15. Ortega: **op cit.**
16. Una síntesis de la teoría, abierta a la consideración de las ciencias naturales, en Jorge Acevedo, "Galileísmo de la historia", edic. mim., de la ponencia al II Congreso Nacional de Filosofía, Stgo. de Chile, 1977. Contiene además valiosas indicaciones bibliográficas.
17. Esta estructura cobra diversas precisiones en la obra de Ortega.
18. Cfr. **Meditación de la Técnica, La deshumanización del arte, Historia como Sistema. El hombre y la gente, El tema de nuestro tiempo**, etc.
19. Cfr. **El espectador I, La deshumanización del arte, El tema de nuestro tiempo**.
20. Recogido en el libro del mismo nombre, Madrid, Revista de Occidente, 1962, pp. 59-84.
21. Izvetan Todorov: **Literatura y significación**, Barcelona, Edit. Planeta, 1971, esp. prefacio. También en Roland Barthes, **Ensayos Críticos**, Barcelona, Seix-Barral, 1977, esp. artículos sobre la crítica literaria; Roberto Hozven: **El estructuralismo Literario francés**, Stgo., Edic. del Dpto. de Estudios Humanísticos, U. de Chile, 1979 (Introducción), etc.